

Óscar Carpintero (coord.)

Economía inclusiva

CONCEPTOS BÁSICOS Y ALGUNOS DEBATES



DISEÑO DE COLECCIÓN: PABLO NANCLARES

© SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, ASTRID AGENJO-CALDERÓN, ALFONS BARCELÓ, JOSÉ BELLVER SOROA, CARLOS BERZOSA, ÓSCAR CARPINTERO, CRISTINA CARRASCO BENGEOA, VERÓNICA CASTRILLÓN, CARMEN CASTRO GARCÍA, MONICA DI DONATO, SHERMAN FARHAD, MIREIA FARRÉ MALLOFRÉ, EDUARDO FERNÁNDEZ HUERGA, JORGE GARCÍA-ARIAS, JORGE GUARDIOLA, LUIS FERNANDO LOBEJÓN, PEDRO L. LOMAS, ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, JOSÉ MANUEL NAREDO, JAIME NIETO, JULIÁN PANADERO, ALBERT RECIO ANDREU, CÉSAR RENDUELES, JORDI ROCA JUSMET, JOSÉ MIGUEL RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, PAULA RODRÍGUEZ MODROÑO, JORGE SOLA, XAVIER VENCE, PALOMA VILLANUEVA Y JON BERNAT ZUBIRI, 2025.

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
PZA. SAN DIEGO, S/N
28801 MADRID
TEL. 91 885 40 66
WWW.PUBLICACIONES.UAH.ES

© FUHEM ECOSOCIAL
AVDA. DE PORTUGAL, 79 POSTERIOR
28001 MADRID
TEL. 91 575 21 09
WWW.FUHEM.ES

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2025
ZURBANO, 76
28010 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

ECONOMÍA INCLUSIVA.
CONCEPTOS BÁSICOS Y ALGUNOS DEBATES

ISBN: 978-84-1067-465-3
DEPÓSITO LEGAL: M-24.437-2025
THEMA: KCA/KCP/KCSA

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

INTRODUCCIÓN

ÓSCAR CARPINTERO

“La aceptación a ciegas de la economía convencional la convierte en rutinaria y esencialmente inexacta”.

PAUL A. SAMUELSON (1975: XIV)

“La mala economía apoyó los grandes regalos a los ricos y la reducción de los programas sociales, estableció la idea de que el Estado es impotente y corrupto y que los pobres son vagos, y facilitó el actual punto muerto de desigualdad explosiva e inercia furiosa. Una economía de miras estrechas nos dijo que el comercio es bueno para todo el mundo y que el crecimiento rápido se daba en todas partes. Solo era cuestión de esforzarse más y, además, valía la pena todo el dolor que esto pudiera suponer. La economía ciega ignoró la explosión de la desigualdad en todo el mundo, la creciente fragmentación social que la acompañó y el inminente desastre medioambiental, retrasando la acción, tal vez de manera irrevocable”.

ABHIJIT V. BARNEJEE Y ESTHER DUFLO (2020: 398)

1. SOBRE EL CONTEXTO Y LA MOTIVACIÓN DEL LIBRO

Hace casi dos décadas, la llegada de la crisis económica global de 2007-2008 parecía la espoleta que lo iba a cambiar todo, tanto en la teoría como en la práctica. La crisis no solo estaba revelando la endebles económica, social y ecológica del capitalismo, sino que también mostraba una vez más la debilidad de la teoría económica convencional que sirvió de apoyo al grueso de las políticas desarrolladas durante las últimas décadas. Unas políticas y un funcionamiento económico que abocaron a la mayoría de los países a una crisis que, efectivamente, se pudo calificar de sistémica. No en vano, cabe recordar que el presidente de la República francesa de la época llegó a hablar de la necesidad de refundar el capitalismo. Como no suele ser habitual, conviene reconocer (aunque solo sea a beneficio de inventario) el carácter anticipatorio con el que años antes se vinieron expresando numerosos autores heterodoxos que —dentro de una pluralidad de enfoques y con mayor o menor radicalidad— denunciaron con rigor los riesgos sistémicos que se venían asumiendo y que, tarde o temprano, acabarían asomando la cabeza.

Ahora ya sabemos que los propósitos de enmienda prácticos quedaron, en gran medida, en agua de borrajas. Sin embargo, la crisis supuso también una

nueva vuelta de tuerca al cuestionamiento general de la formación de los economistas, del enfoque económico convencional, explicado en el grueso de las facultades de economía de todo el mundo, y también hegemónico en el ámbito de la investigación. Se comenzó a dudar abiertamente sobre la idoneidad de los conocimientos incorporados en el *curriculum* impartido, no solo por los estudiantes agrupados en torno al movimiento Rethinking Economics¹ y la International Student Initiative for Pluralism in Economics, sino también por economistas de diversa índole (más o menos convencionales) y por influyentes instituciones oficiales y *think tanks*. El Banco de Inglaterra auspició en 2012 una conferencia de alto nivel para reflexionar precisamente sobre el cambio del *curriculum* y el Institute for New Economic Thinking (INET), con sede en Reino Unido, creó un comité presidido por Robert Skidelsky con el objeto de realizar una propuesta de nuevo plan de estudios para las enseñanzas de economía que tuviera en cuenta las demandas realizadas por los estudiantes². Unas demandas que, por otro lado, venían coincidiendo con lo que desde hacía años reclamaba una parte de los economistas académicos agrupados en torno a la International Confederation of Associations for Pluralism in Economics (ICAPE), una confederación fundada en 1993³ que reúne a numerosas asociaciones internacionales representativas de enfoques diversos como la economía poskeynesiana, ecológica, feminista, marxista o institucional y de la que forma parte la Association for Heterodox Economics⁴. En España, ese papel aglutinador lo han venido representando las Jornadas de Economía Crítica (JEC), que se llevan celebrando cada dos años desde 1987, así como la Asociación de Economía Crítica (AEC)⁵.

En este contexto, una vez más, la crisis económica revelaba que, a diferencia de lo que sostiene el enfoque económico convencional, el capitalismo estaba lejos de encontrarse en equilibrio (o tendente a él) y, además, seguía atravesado por conflictos y desigualdades de todo orden: capital-trabajo, capital-naturaleza, capital-género, etc. Conflictos que generan desigualdades más o menos estructurales de renta, riqueza, de género y que son, al final, expresión de la diferente distribución del poder económico y político en las sociedades.

1. Véase Rethinking Economics (<https://n9.cl/ptl9e5>), muy relacionada también con la organización Promoting Economic Pluralism (<https://n9.cl/e6oh7>) que, con el apoyo de reconocidos economistas académicos y profesionales, promueve la creación de espacios académicos y sociales para que los diferentes enfoques de analizar la economía tengan una oportunidad y un hueco.

2. El comité estuvo formado por: Robert Skidelsky (presidente), Christian Westerlind Wigstrom (secretario ejecutivo), Ha-Joon Chang, Geoffrey Hodgson, John Kay, Felix Martin, Marcus Miller y Richard Bronk. Planteó una propuesta para reformular el grado en Economía ("Three-Year Economics Undergraduate Curriculum"), incorporando, precisamente, los afanes y preocupaciones de estudiantes y economistas favorables a un mayor pluralismo (<https://n9.cl/3d55t>).

3. Véase <https://n9.cl/vednj>.

4. Véase <https://n9.cl/5upyp>. En la misma línea, en 2011 se formó por iniciativa de destacados economistas académicos internacionales la formación de la World Economics Association (<https://n9.cl/w6zr4p>).

5. Véase <https://n9.cl/ftqd6>.

Curiosamente, todas estas cuestiones y algunas más son precisamente las que siguen preocupando ahora a los estudiantes de economía cuando inician sus estudios. O esto es lo que se deducía de los resultados aplicados a una muestra de 4.442 estudiantes de 25 universidades de 12 países durante los años 2016-2018 (Bowles y Carlin, 2020: 178). Ante la pregunta realizada el primer día de clase: “¿Cuál es el problema más apremiante que debería ser abordado por los economistas?”, los estudiantes ponían sobre la mesa de manera destacada la desigualdad, lo que está en consonancia también con la aparición de varios textos importantes que atañen a esta cuestión (Stiglitz, 2012; Piketty, 2015; Milanovic, 2017; Atkinson, 2016). Pero, a renglón seguido, se encontraban el desempleo, la pobreza, la sostenibilidad, el medioambiente, la globalización, la inflación, así como cuestiones más coyunturales como el Brexit. Es revelador que en 2025 todos estos temas, y aproximadamente con esa jerarquía, se mantengan a lo largo de las diferentes universidades y países analizados, tal y como demuestra la ampliación de la muestra, mencionada por Bowles y Carlin, al periodo 2016-2024 (CORE Econ, 2025) (figura 1). Seguramente, todo ello es también un síntoma de la distancia que existe entre algunos de los contenidos que forman parte de los estudios de economía a escala internacional y las preocupaciones que muestran aquellos interesados en recibir dichos conocimientos⁶.

FIGURA 1

PROBLEMAS MÁS APREMIANTES SEGÚN LOS ESTUDIANTES
DE ECONOMÍA (2016-2024)



Fuente: CORE Econ (2025).

¿Cómo podríamos y deberíamos, entonces, prestar atención a estas demandas? ¿Cómo incorporar estas dimensiones en la enseñanza e investigación económica? La respuesta de los economistas ante este desafío ha sido triple

6. Resulta llamativa la asimetría entre la mucha menor atención y preocupación que muestran los estudiantes por el “crecimiento” y la gran atención que recibe este tópico en los estudios de economía en comparación con la distribución y la desigualdad.

(Bowles y Carlin, 2020: 192-193). De un lado, están los economistas que opinan que las crisis no cuestionan los fundamentos del modelo económico estándar y que, por tanto, no hay que cambiar nada de los contenidos o, como mucho, se trataría de hacer ligeros ajustes para incorporar a los libros de texto algunos capítulos especiales relacionados con la crisis financiera y la desigualdad, pero sin modificar el marco conceptual explicado previamente. Se asume que los ajustes podrían incluirse fácilmente en la regla del 15% de novedad en los contenidos de los manuales que, parece ser, el mercado acepta para que un texto introductorio pueda mantenerse dada la dura competencia editorial⁷. Parece, además, que la evolución de estos últimos años ha mostrado que esta opción domina mayoritariamente, como así lo sugieren diferentes estudios que siguen revelando la primacía del enfoque convencional en la enseñanza de la economía (Rethinking Economics, 2024; Agenjo, 2021).

Por otro lado, en segundo lugar, nos encontramos con aquellos economistas que consideran muy insuficientes estos ligeros retoques y ven necesario desechar en gran medida el enfoque económico convencional para, a la vista de su mayor poder explicativo, incorporar al *currículum* aquellos enfoques tradicionalmente marginados (como la economía marxista, la feminista, la institucionalista o la ecológica) y que han venido dando cuenta de los fenómenos de desigualdad social, de poder y de género, o de la insostenibilidad ambiental de los modelos de producción y consumo. Este grupo de economistas, aunque ha realizado importantes contribuciones en la elaboración de manuales y textos⁸ no ha configurado todavía un texto que integre de manera coherente el grueso de las aportaciones de los enfoques heterodoxos en una presentación unitaria, aunque es cierto que se han producido algunos avances meritorios en este sentido (Spash, 2020; Staveren 2015; Goodwin *et al.*, 2019).

Por último, en tercer lugar, tendríamos aquellos economistas que consideran que el acervo de conocimientos actual de la corriente principal, utilizado asiduamente por los economistas académicos convencionales y los estudiantes avanzados, es correcto (economía del comportamiento, economía de la información, teoría de juegos, etc.); sin embargo, es urgente cambiar la forma de enseñanza y los contenidos que se explican en los cursos introductorios del primer año de las carreras. Sobre todo, para que no estén desconectados de los avances que se producen en la ciencia económica y porque se asume la convicción de que estos avances pueden ser explicados satisfactoriamente a estudiantes desde el primer curso y ser vinculados con el análisis de los problemas que enfrentan

7. Esto afectaría a la mayoría de los libros de texto de introducción a la economía vendidos y con mayor difusión (Mankiw, Krugman, etc.).

8. Ya fuera fundamentados en un único enfoque (marxista, poskeynesiano, ecológico, institucional...) (Bowles *et al.*, 2017; Lavoie, 2014; Shaikh, 2022; Daly y Farley, 2010) o como colección o yuxtaposición de capítulos que presentan las diferentes aproximaciones teóricas heterodoxas (Stilwell *et al.*, 2022; Fischer *et al.*, 2018; Wolf y Resnick 2012).

estos estudiantes cuando investigan el mundo económico real. El resultado de este empeño ha sido el curso introductorio de economía conocido como el Curriculum Open-access Resources in Economics (CORE Project), del que se comenzaron a publicar versiones Beta desde 2014 y cuya primera versión oficial, *The Economy*, se publicó *online* en libre acceso en 2017 (CORE Team, 2017) y que ha continuado con la aparición de una nueva versión 2.0 dividida en dos partes: microeconomía y macroeconomía (CORE Econ Team, 2023, 2024). Para los autores de *The Economy*, los problemas identificados en la figura 1, como la desigualdad, la innovación y la creación de riqueza, la sostenibilidad ambiental, la inestabilidad financiera o las fluctuaciones del desempleo, se han convertido en asuntos esenciales que deben encararse con conceptos y herramientas usuales en el trabajo de los economistas académicos más o menos convencionales (desequilibrios, rendimientos crecientes, poder, aversión a la desigualdad, rentas schumpeterianas, contratos de trabajo y de crédito incompletos, teoría de juegos, preferencias sociales, etc.), pero que son ajenos a los manuales introductorios (y no deberían serlo).

Las tres opciones han sido, en el fondo, tres formas de enfrentar también una de las críticas recurrentes en el debate sobre la reforma del *curriculum* de la economía desde hace dos décadas: la hegemonía absoluta del enfoque convencional (de raíz neoclásica) y, por tanto, la falta de pluralismo a la hora de presentar las diferentes teorías económicas que aportan explicaciones distintas (y válidas) de los hechos económicos.

Una vez que esto se reconoce aparecen dos posibilidades para introducir, con fundamento, mayor pluralismo tanto en la enseñanza como en la investigación (Bowles y Carlin, 2020: 208). Se puede, por un lado —tal y como planteaba la segunda respuesta de los economistas mencionada anteriormente— adoptar una posición que trate de presentar sucesivamente y en contraste los diferentes enfoques económicos (neoclásico, marxista, institucionalista, poskeynesiano, feminista, ecológico...) y los planteamientos que cada una de estas escuelas realiza sobre diversos temas (origen de las crisis, desempleo, políticas económicas, desigualdad, etc.). Este tipo de pluralismo podría denominarse *pluralismo por juxtaposición* y, aunque tiene la ventaja de que los estudiantes aprenden los fundamentos de las diferentes teorías, puede dar la impresión de que es imposible la síntesis o de que no existen elementos o conceptos compartidos.

Por otro lado, tendríamos la opción defendida por Bowles y Carlin (2020) —y aplicada al CORE Project— que podríamos llamar *pluralismo por integración*, es decir: “[...] la integración de los hallazgos de diferentes escuelas de pensamiento y el conocimiento de otras disciplinas en un paradigma coherente, que proporcione a los estudiantes herramientas analíticas procedentes de muchas escuelas y disciplinas, y que los ayuden a hacer economía más que simplemente a hablar sobre ella” (2020: 208).

Pues bien, la propuesta de economía inclusiva que se hace en este libro avanza en la línea de un pluralismo integrador amplio y, además, intenta incorporar elementos de las dos posibilidades mencionadas anteriormente, con el fin de superar algunas de sus limitaciones y avanzar también hacia una mayor interdisciplinariedad (Truc *et al.*, 2023). Por un lado, parece necesario superar el pluralismo por yuxtaposición que está presente en los intentos de incorporar al núcleo de la disciplina las enseñanzas de la economía ecológica, feminista, institucional, poskeynesiana y marxista. Hace falta plantear un marco conceptual y analítico en el que se puedan integrar categorías básicas de estos enfoques que son relevantes para la explicación del funcionamiento del sistema económico actual. Pero también es necesario que el pluralismo integrador sea capaz de ir más allá de las últimas contribuciones y desarrollos, con énfasis más o menos plurales planteados por el enfoque convencional (que es lo que recoge el CORE Project).

Es verdad que la corriente principal se ha movido en estas últimas décadas con contribuciones tanto en términos de herramientas de análisis como de dimensiones a abordar⁹. Otro asunto es si esos movimientos son satisfactorios para todos. Así, el enfoque convencional ha prestado atención a aspectos que tradicionalmente había dejado de lado, como la dimensión ambiental, la institucional, las cuestiones de género, psicológicas o las que afectan a las desigualdades —y que, por esa razón, habían sido objeto de atención de otros enfoques críticos como la economía ecológica, la economía institucional o la economía feminista—. Pero, siendo valioso ese movimiento, en varias ocasiones se ha traducido en versiones que seguían siendo muy tributarias metodológica y teóricamente del enfoque económico convencional de impronta neoclásica y con mucha menor capacidad crítica y explicativa, como así se puede ver en las aportaciones de la economía ambiental, la economía de género o el neoinstitucionalismo (por contraste con los enfoques heterodoxos anteriormente mencionados). A pesar de ello, no queremos decir que no haya elementos valiosos desde el punto de vista convencional que deban ser tenidos en cuenta y conservados en este ejercicio de integración¹⁰. Lo que estamos diciendo es que, por la misma razón, es preciso ir más allá, y las valiosas enseñanzas de otros enfoques que escapen a la red analítica convencional también deben ser incorporadas. Sobre todo, porque nos ayudan a entender mejor la realidad.

En resumen, *nuestra convicción es que para dar cuenta de los conflictos y desigualdades que recorren el sistema económico actual parece razonable integrar*

9. Esos movimientos han generado también, desde hace dos décadas, un interesante debate sobre las fronteras, más o menos permeables, entre la ortodoxia y la heterodoxia. Véanse, por ejemplo, Colander, Holt, y Rosser (2004, 2010) y Dobusch y Kapeller (2012).

10. Un buen ejemplo que resume estas propuestas, con amplitud de miras, procedente de dos grandes economistas académicos pertenecientes a la corriente principal en sentido extenso, pero con pensamiento propio, es el libro de Banerjee y Duflo (2020).

aquellos enfoques económicos que tradicionalmente se han venido ocupando, precisamente, de estudiar dichos problemas, conflictos y desigualdades. En general se trata de escuelas de pensamiento económico como la economía feminista, la economía poskeynesiana, la economía ecológica, la economía marxista o la economía institucional, que han recogido el guante de los conflictos sociales, ambientales, de género o políticos que el enfoque económico convencional solía dejar de lado. A lo largo de este libro se mostrarán varios ejemplos de cómo, a través de algunas categorías básicas y debates, podría ser posible superar la simple yuxtaposición de enfoques y hacerlo con un talante pluralista, inclusivo e integrador.

2. SOBRE EL ORIGEN, OBJETIVO Y ESTRUCTURA DEL LIBRO

Con estos mimbres —y por iniciativa de FUHEM ecosocial— varios economistas agrupados en torno a lo que hemos denominado Grupo de Economía Inclusiva¹¹ nos hemos venido reuniendo, con carácter irregular, durante casi tres lustros. El libro que ahora introducimos forma parte, por tanto, de una reflexión pausada, aunque entrecortada, que viene de largo, y preocupada por avanzar en la integración teórica de diferentes enfoques económicos críticos con una mirada interdisciplinar. Un primer intento de reflexión fue el emprendido por Carpintero (2010) al indagar en las posibilidades de tender puentes de unión teórica entre, por un lado, las enseñanzas de la economía ecológica y, de otro, las aportaciones de la economía feminista, marxista, institucional y poskeynesiana. Más tarde, la discusión dentro del Grupo se plasmó en un esfuerzo colectivo por explorar los elementos básicos de una representación *inclusiva* de la actividad económica, que tuviera en cuenta conceptos clave y categorías de varios de los enfoques económicos mencionados (Álvarez Cantalapiedra *et al.*, 2012)¹². Esto tuvo continuidad, posteriormente, con un texto más específico (Martínez González-Tablas y Álvarez Cantalapiedra, 2013) y con una discusión sobre cómo podría concretarse este enfoque de economía inclusiva en el campo de estudio de la economía mundial (Álvarez Cantalapiedra, Bellver y Martínez González-Tablas, 2017).

A pesar de estos avances, la tarea de construir un enfoque de economía inclusiva desde un pluralismo integrador presenta dificultades objetivas que no

11. Inicialmente formado por Santiago Álvarez Cantalapiedra, Alfons Barceló, Óscar Carpintero, Cristina Carrasco, Aurèlia Mañé, Àngel Martínez González-Tablas, Albert Recio y Jordi Roca. Posteriormente, se han ido uniendo, en diferentes momentos, Astrid Agenjo, José Bellver, Carlos Berzosa, Luis Buendía, Monica Di Donato, Sherman Farhad, Eduardo Fernández Huerga, Jorge García Arias, Jorge Guardiola, Pedro L. Lomas, Luis F. Lobejón, Paula Rodríguez Modroño y Julián Sánchez.

12. Dicho texto, modificado y adaptado para evitar reiteraciones dentro de este libro, se reproduce como capítulo 1.

conviene esconder. Por ejemplo: no todas las categorías manejadas por las diferentes aproximaciones son del todo coherentes (como se podrá ver cuando, más adelante, se discutan conceptos como producción o trabajo). Las propias categorías, además, han ido evolucionando históricamente y conviene relativizarlas críticamente para moderar las pretensiones de universalidad que, a veces, parecen contener (Naredo, 1987). Tampoco los énfasis que muestran cada uno de estos enfoques son los mismos, y esto puede llevar a que los aspectos destacados por cada uno de ellos (dimensión ecológica, de género, el poder, etc.), se postulen como los más relevantes en detrimento del resto y generen puntos ciegos relevantes en el análisis. Siempre que exista espíritu cooperativo e inclusivo, esto debería ser más un acicate para avanzar que una rémora teórica. Y no hay que olvidar, por último, la existencia de discrepancias objetivas entre la economía ecológica y la economía poskeynesiana y marxista sobre algunos aspectos como el papel del crecimiento económico y la dimensión ecológica en los modelos, la relevancia de los límites para el funcionamiento del sistema económico o cómo interpretar el rol jugado por la tecnología.

Aun reconociendo estas dificultades para lograr un paradigma plenamente coherente, pensamos sin embargo que existen opciones para avanzar en la construcción de un enfoque de economía inclusiva. Lo que proponemos con este libro es una estrategia *modesta* que se apoya en dos pilares. Por un lado, avanzar en la parte conceptual, intentando consensuar una serie de categorías importantes comunes en las que puede haber diferencias, pero que no resultan insalvables. Y, por otra parte, proponer algunos debates y propuestas, más o menos controvertidas, que interpelan en distinta medida a los enfoques que alimentan la construcción de una economía inclusiva¹³.

Esperamos que nuestro planteamiento tenga también un efecto positivo. Podría servir para ir más allá de las críticas habitualmente utilizadas para describir lo que tienen en común la mayoría de los enfoques denominados como heterodoxos, a saber: su rechazo a la economía ortodoxa o convencional. Se suele decir que, más allá de esto, resulta imposible reconciliar las aportaciones de enfoques tan diferentes como la economía feminista, la ecológica, la marxista o la poskeynesiana. Esto tiene algo de verdad. Pero, sin negar esta dificultad, nuestra convicción es que, sin embargo, es posible avanzar en su integración y dotar de mayor inclusividad a la ciencia económica. Es un camino en construcción y las páginas que siguen intentan ser una prueba de ello, aunque no sea una tarea fácil.

El primer capítulo de este libro recoge, resumida, la reflexión del texto colectivo elaborado en 2012, donde se proporcionan los rasgos básicos de lo que

13. Los textos que dan cuenta de las categorías y los debates han sido elaborados por los miembros del Grupo de Economía Inclusiva y, en algunos casos, han colaborado también autores externos al Grupo, pero sensibles al enfoque adoptado en el libro.

sería una perspectiva inclusiva a la hora de representar la actividad económica y que, en cierto modo, complementa esta introducción y ofrece una panorámica de las preocupaciones presentes en el libro. Un segundo capítulo incorpora, por orden alfabético, una serie de entradas con algunas categorías conceptuales (por ejemplo, necesidades, género y patriarcado, límites y sostenibilidad, poder y conflicto social, excedente social, trabajo, Estado, empresa, metabolismo social, etc.) que han sido consensuadas y consideradas como básicas por el Grupo de Economía Inclusiva. Dadas las relaciones existentes entre algunas de estas categorías, se ha intentado que los textos sean autocontenidos, evitando posibles repeticiones. Para facilitar el conocimiento de estas relaciones entre categorías, se ha acudido a llamamientos cruzados oportunamente señalados en el texto. Como se podrá observar, se trata de categorías que pueden servir a un doble propósito: como nociones comunes compartidas o como punto de unión de aproximaciones diversas que son susceptibles de integrarse bajo esa categoría. El tercer capítulo se centra en varios debates y propuestas (por ejemplo, poscrecimiento, transiciones, pluriverso, reducción del tiempo de trabajo, etc.) sobre las que, en algún caso, puede también existir controversia dentro del enfoque de economía inclusiva o simplemente es posible abordarlos desde diferentes tratamientos. Es verdad que tanto en el segundo como en el tercer capítulo no se recogen todas las entradas posibles y de interés. Hay más categorías y debates, pero era necesario poner un límite y, al tratarse de una primera aproximación, esperamos que pueda ser completada con trabajos futuros. Por último, el libro se cierra con un cuarto capítulo de reflexiones finales y algunas propuestas para seguir avanzando.

* * *

No quisiera terminar esta introducción sin expresar un agradecimiento especial a algunas personas e instituciones que han hecho posible este empeño colectivo. Este libro y el funcionamiento del Grupo de Economía Inclusiva no hubieran sido posibles sin el aliento y el apoyo de FUHEM ecosocial, ejemplificado durante muchos años en las figuras de Ángel Martínez González-Tablas y Santiago Álvarez Cantalapiedra. Santiago, junto con Monica Di Donato, también de FUHEM ecosocial, me han servido además de apoyo inestimable para ejercer las funciones de coordinación del volumen, lo que desde aquí les agradezco sinceramente. A mis compañeros y compañeras del Grupo de Economía Inclusiva, y al resto de autores y autoras, les agradezco su generosidad y que hayan sido especialmente amables ante mis requerimientos y sugerencias, a la vez que han soportado con exquisita paciencia algunos de los retrasos que, por diversas circunstancias, se han ido acumulando respecto del cronograma inicial. Ojalá que la espera haya merecido la pena.

UNA MIRADA INCLUSIVA A LA REPRESENTACIÓN DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA*

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, ALFONS BARCELÓ,
ÓSCAR CARPINTERO, CRISTINA CARRASCO,
ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, ALBERT RECIO Y JORDI ROCA

1. INTRODUCCIÓN

La economía inclusiva tiene como principal objetivo proporcionar un marco general de representación de la actividad económica desde el que poder articular distintos enfoques que compartan diagnóstico y críticas al funcionamiento del sistema capitalista y a los desarrollos teóricos de la economía convencional que tratan de explicarlo. Como se ha recordado en la introducción, en general, confluyen aquí el grueso de los enfoques que han ido conformando lo que se conoce como economía crítica o heterodoxa: desde la economía ecológica hasta la feminista, pasando por la poskeynesiana, la institucional o la política y la crítica marxista. Hay una rica trayectoria de diálogo entre distintas perspectivas en la que nos basamos, de la que nos nutrimos y que nos permite no partir de cero. Desde luego, los enfoques aquí destacados no agotan toda la enorme aportación de perspectivas críticas que permiten representar de manera más profunda y veraz la actividad económica.

La aparición de estos enfoques no es caprichosa desde el punto de vista científico, sino que se justifica por la insuficiencia de la economía convencional para explicar satisfactoriamente partes importantes del proceso económico, así como para afrontar la complejidad y la incertidumbre de nuestro tiempo. A pesar de su hegemonía institucional y política, el enfoque convencional no es capaz de plasmar una representación satisfactoria de los procesos económicos, son escasos sus logros y notoria su impotencia ante los problemas, no llega a formular un diagnóstico consistente de lo que sucede y sus propuestas combinan parcialidad, sesgos y, en ocasiones, una ceguera preocupante.

* Este texto resume, con algunos retoques para evitar reiteraciones posteriores, el contenido del artículo conjunto publicado en 2012 y titulado "Por una economía inclusiva", *Revista de Economía Crítica*, 14, pp. 277-305. El contenido ha sido discutido colectivamente por el Grupo de Economía Inclusiva y recoge distintas aportaciones realizadas por sus miembros.

La visión canónica de la economía que ha predominado en la academia durante demasiadas décadas se ha correspondido con la actualización periódica de la vieja idea de Lionel Robbins en su *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica* (1932). En ese libro Robbins definía la economía como la ciencia que estudia el comportamiento humano como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos. Dicha idea la encontramos en casi toda la amplia gama de manuales de economía actuales, desde los más convencionales (Mankiw, 2020) a los que, manteniéndose dentro del enfoque convencional, son un poco más innovadores (Acemoglu, Laibson y List, 2017). Según este punto de vista, la economía queda definida más por su enfoque teórico que por su contenido, algo que es excepcional y no ocurre en el resto de las disciplinas. Lo normal en cualquier otro ámbito del conocimiento es definir una disciplina a partir del objeto que estudia, no del enfoque que adopta: así, la física es el estudio de la materia y la energía; la química es el estudio de la composición, la estructura, propiedades y transformaciones que experimenta la materia; la biología es el estudio de los seres vivos; la historia es el estudio de los sucesos del pasado o la sociología es el estudio de las sociedades humanas. Pero esto no ocurre con la economía. Se nos dice que la economía es el estudio de la *elección racional*, esto es, la elección hecha sobre la base de un cálculo deliberado y sistemático para obtener el máximo provecho de los fines utilizando medios inevitablemente escasos¹. Y, para ello, se pone el énfasis en los conceptos de optimización y equilibrio como elementos clave que condicionan dicha elección. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, la economía es algo más amplio: el estudio de las actividades y procesos que afectan al aprovisionamiento de los bienes y servicios que intervienen en el mantenimiento y reproducción de la existencia social.

Conviene asimismo recalcar que la tendencia histórica del pensamiento económico ha sido proclive a la ocultación en la matriz epistemológica básica de dimensiones esenciales para una representación comprensiva de la actividad económica (entorno físico, espacio doméstico, dimensión social de los procesos, etc.), centrándose básicamente en la producción mercantil. Ciertamente, como mencionábamos en la introducción, las representaciones convencionales de la realidad económica han intentado incorporar con posterioridad, en uno u otro grado y como aditamentos sucesivos a su planteamiento de partida, el

1. El objeto del cálculo se puede aplicar casi a cualquier cosa —como el matrimonio, la decisión de tener hijos, la delincuencia o la drogadicción, como en su momento hizo Gary Becker, el famoso economista de Chicago y premio Nobel de Economía en 1992— siguiendo un doble movimiento en la consolidación de la economía como disciplina académica. Por un lado, un movimiento de retracción en la definición de la economía reduciéndola a un determinado enfoque (el de la elección racional) y, por otro lado, acompañando el movimiento anterior, una tendencia a aplicar y a expandir ese enfoque económico a todas las cosas, movimiento que, aplicado al ámbito epistemológico, ha sido definido —como recuerda Ha-Joon Chang (2015)— como imperialismo de la economía.

tratamiento de todo lo que inicialmente habían ignorado: las relaciones sociales, el ámbito doméstico, la problemática ambiental, las dimensiones espacial e institucional. Esta práctica no debe conducir al error de creer que, a la postre, todos los enfoques acaban por ocuparse en términos similares de la misma problemática, porque evidentemente no es lo mismo abordar estas cuestiones desde una concepción de la economía que las incorpora desde su origen en su matriz epistemológica básica, como aquí se intenta, que hacerlo ulteriormente desde categorías e instrumentos que han sido concebidos ignorando estas esenciales propiedades sistémicas.

2. RASGOS COMUNES QUE CONFORMAN UNA MIRADA DIFERENTE: LA INTEGRACIÓN DE DIMENSIONES RELEGADAS

La economía inclusiva asume, por tanto, la condición sistémica de la economía y defiende una perspectiva teórica que considera todas las dimensiones que realmente intervienen de forma determinante en la actividad socioeconómica. En este sentido, conviene recordar que la economía ecológica desvela que la actividad económica acaece en un sistema abierto y que está inserta en sistemas naturales. Dichos sistemas juegan un papel básico en la medida en que proporcionan las condiciones necesarias para la vida y para el propio funcionamiento económico. Los ecosistemas constituyen la urdimbre ineludible sobre la que emerge la actividad económica. A su vez, la economía feminista remarca que los seres humanos nunca brotan por ensalmo en el ámbito mercantil, ya sea como fuerza de trabajo, ya sea como consumidores; ignorarlo supone escamotear dimensiones fundamentales de la existencia social, como son las de la reproducción de la fuerza de trabajo y las de los cuidados de la población, aspectos ambos esenciales en cualquier sociedad que aspire a perdurar. Tampoco cabe ignorar los que subraya la economía política marxista cuando rasga las manifestaciones fenomenológicas de la circulación de mercancías y desarrolla un enfoque, en términos de sistema económico, que permite hacer explícitos los componentes y relaciones sociales que caracterizan su lógica reproductiva. De igual modo, vale la pena destacar al respecto aportaciones como las de la escuela poskeynesiana (con su contribución al análisis del funcionamiento micro y macroeconómico del capitalismo); la contribución de la tradición institucionalista y su aportación al papel jugado por las instituciones en el funcionamiento de la economía, o las revisiones de la psicología económica, con una crítica más incisiva, a la muy dudosa caracterización del sujeto económico típico.

Estos enfoques comparten algunos aspectos que, de entrada, constituyen una base común suficientemente significativa como para ver en ella una mirada

distinta de la aproximación neoclásica, donde se entrecruzan consideraciones tanto teóricas como metodológicas:

1. Subrayan que el fin último de la actividad económica no es producir mercancías ni maximizar un supuesto valor monetario, sino generar las condiciones, los bienes y servicios que necesitan *todos* los seres humanos acordes con los rasgos, aspiraciones y diversidad propias de la especie y de su existencia social.
2. Conciben el sistema económico como un sistema *abierto* que se incrusta en un sistema social más amplio —que considera los ámbitos domésticos y comunitarios partes constitutivas— y sitúa la actividad económica dentro de un sistema natural (biosfera) a cuyas leyes no son ajenos los procesos de producción y consumo.
3. Plantean que el sistema dominante actual es un sistema capitalista, en el marco de sociedades patriarcales, donde coexisten distintos tipos de trabajos, todos ellos indispensables para la subsistencia, bienestar y reproducción de la población. De estos trabajos, los dos más relevantes son el trabajo mercantil por un lado y, por otro, el doméstico y de cuidados. Se reconoce que la asignación social de muchas tareas suele estar prefijada por el género, el origen étnico o la posición en la estructura social, y determinada por sistemas de valores notoriamente patriarcales, racistas y clasistas. Tampoco cabe ignorar un tipo de trabajo que podemos denominar trabajo de participación ciudadana, realizado sin remuneración pero que, a diferencia del trabajo doméstico y de cuidados, no está dirigido a las personas del hogar o de la familia.
4. Asimismo, consideran que la naturaleza de ese sistema económico capitalista no es otra que la acumulación incesante de capital orientada por la lógica de la obtención de beneficios, de manera que las necesidades humanas y las condiciones de vida de las personas solo son tenidas en cuenta por las empresas privadas en la medida en que den lugar a demandas solventes.
5. Resaltan la importancia del poder como elemento básico y estructural que forma parte de las instituciones económicas y sociales, y constituye una variable fundamental para explicar la distribución de la renta, las discriminaciones de diversos grupos sociales y la evolución económica.
6. Asumen con normalidad la racionalidad limitada como rasgo de los individuos —además de los afectos y las emociones— que operan en estos sistemas, así como la influencia de las instituciones sociales y económicas en la conformación de sus preferencias y creencias, que en gran medida son endógenas y plurales.

3. EL ESTUDIO DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA: ÁMBITOS EN LOS QUE SE DESARROLLA Y NOCIONES BÁSICAS PARA SU CARACTERIZACIÓN

Ya hemos señalado que el objeto de estudio de la economía se centra en el proceso de elaboración, distribución y consumo de los bienes y servicios sobre el que se asienta el mantenimiento y reproducción de la existencia social. Para ello son necesarios tanto los bienes y servicios procedentes del mercado como aquellos otros que se elaboran en el interior de los hogares o son obtenidos del ámbito comunitario y del sector público, así como los recursos presentes en la naturaleza de los que se apropian los humanos. Todos ellos contribuyen al mantenimiento y reproducción de una sociedad humana digna de tal nombre, de modo que la subsistencia y la reproducción social tienen que ver, desde el inicio, con las condiciones de vida de las personas y con la calidad de la misma, de manera que la disciplina económica no puede desentenderse del estudio de los factores que niegan, limitan, mantienen o enriquecen esa existencia social.

Así pues, la actividad económica se despliega en diferentes *esferas*, por lo que se hace necesario contemplar, además del ámbito mercantil, las esferas doméstica, comunal y estatal, con sus normas y valores específicos, y un despliegue diferenciado de relaciones sociales (de género, de servidumbre, de vecindad y comunidad, de ciudadanía, etc.). Estos cuatro ámbitos funcionan de maneras muy distintas, aunque en relación unos con otros y con diversos grados de jerarquía y subordinación entre sí y en su interior. Las economías domésticas producen bienes y servicios básicos para sus miembros; los mercados, mercancías para quien pueda pagarlas; el espacio comunitario o de los comunes gestiona recursos que pertenecen a la comunidad y a los que pueden acceder todos sus miembros, y, finalmente, el Estado produce bienes públicos y bienes sociales que son considerados derechos para toda la ciudadanía. En cada uno de estos ámbitos se generan identidades sociales específicas: en el ámbito doméstico podemos ser padres, madres, cuidadores, vecinos; en el ámbito del mercado somos asalariados, inversores o consumidores; en el ámbito de los comunes, somos miembros de una comunidad en cuanto creadores colaborativos y administradores de la riqueza compartida, y en lo que respecta al espacio estatal, somos contribuyentes, usuarios de bienes y servicios públicos y, sobre todo, ciudadanos y ciudadanas con derechos y responsabilidades políticas. Cada día nos deslizamos, sin apenas darnos cuenta, entre esos diferentes ámbitos, asumiendo papeles y relaciones específicas de cada uno de ellos. Por otro lado, toda actividad que se despliega, independientemente de las esferas desde las que se haga, implica siempre la apropiación de recursos naturales y el uso de distintas funciones ambientales. El sistema natural es la fuente de todos los recursos materiales que alimentan la actividad económica y el sumidero de todos

sus desechos. Pero debido a su carácter finito y a que sus capacidades de regeneración y asimilación son limitadas, la actividad económica se ve sometida a una restricción ecológica insorteable.

El ciclo de la actividad económica encadena distintos momentos para cuya descripción y análisis resulta crucial esclarecer de modo crítico diferentes categorías y relaciones básicas. Algunos de los conceptos —en particular las nociones de producción, consumo y trabajo— distan de ser inequívocos, por lo que es aconsejable anticipar una reflexión previa sobre su significado y sobre las ambigüedades que los atraviesan².

De los tres conceptos, el de producción tiene distintas definiciones, todas ellas un tanto ambiguas. Pero, para nuestro interés, hay que hacer una serie de consideraciones —procedentes de la economía ecológica— sobre el uso generalizado de dicho concepto. Desde el punto de vista de la física, y atendiendo al primer principio de la termodinámica, aquello a que llamamos producción sería, en sentido estricto, mera transformación de recursos naturales en bienes y servicios, con los correspondientes niveles de residuos y disipaciones. En segundo lugar, las actividades de apropiación de los recursos naturales procedentes de la corteza terrestre o la biomasa no cultivada deben considerarse procesos de extracción y destrucción de riqueza natural preexistente que muchas veces no se regenera o lo hace a tasas insuficientes. En consecuencia, hay que tener en cuenta que en términos físicos no se produce nada, sino que únicamente se transforman recursos naturales mediante la aplicación de trabajo —doméstico o de mercado— en combinación con medios de producción (que también son fruto del trabajo y los recursos naturales que obedecen a leyes físicas de degradación) y con el propósito de obtener bienes y servicios. En ese proceso de transformación, al mismo tiempo, se producen residuos, así que en todo caso lo propio sería adoptar la categoría de producción conjunta. Sea como fuere, convendría no considerar como producción aquellas actividades económicas que son extracción de riqueza preexistente o la simple destrucción del patrimonio natural (véanse las entradas “Producción (genealogía del concepto)” y “Producción”).

Ahora bien, sin menoscabo de lo anterior y desde la perspectiva económica que nos ocupa, la producción puede considerarse también como un momento específico del ciclo de la actividad económica en el que se elaboran, a partir de recursos preexistentes y en combinación con el trabajo, bienes y servicios anteriormente inexistentes. Este proceso de transformación que suministra bienes y servicios es una parte del circuito económico que da lugar a distintas relaciones sociales —como son las capitalistas y patriarcales— y a diferentes conexiones

2. Estas tres categorías básicas, así como las mencionadas en los siguientes apartados, serán objeto de profundización específica en las entradas que forman parte del próximo capítulo, donde se abordará, además, la manera en que pueden contribuir a la economía inclusiva desde una mirada integradora.

con el excedente social, esenciales para poder interpretar el funcionamiento y reproducción de los sistemas económicos.

También es controvertida la noción de consumo (véase la entrada “Necesidades y consumo”). Las sociedades humanas tienen que satisfacer las necesidades de sus miembros si quieren existir, sostenerse, funcionar y reproducirse, algo que desde el origen de los tiempos han conseguido utilizando los bienes y servicios a su alcance mediante el proceso que tradicionalmente se ha denominado consumo. Pero en las sociedades capitalistas, el consumo adquiere una dinámica que, sin desvincularse definitivamente de las necesidades humanas, adquiere un significado específico que trasciende el lenguaje de la necesidad y se adentra en el campo del deseo. Bajo el capitalismo, únicamente cuentan aquellas necesidades que tienen capacidad para expresarse monetariamente a través de una demanda solvente, necesidades que serán atendidas si vienen arropadas por la expectativa de obtención de beneficios. De ahí que se haya terminado por identificar consumo con consumo mercantil, y este último con la mera adquisición de mercancías. Entendido únicamente en términos mercantiles, el consumo es una etapa del ciclo de la actividad económica: el último paso para la reproducción del sistema económico capitalista, en el que se saca de la circulación a las mercancías y se convierte su valor en un dinero que permite a los productores utilizarlo, en la proporción que decidan, en la compra de nuevos insumos de materiales y fuerza de trabajo, iniciando un nuevo ciclo de actividad. En consecuencia, sin suficiente consumo no hay realización posible de la plusvalía ni crecimiento del sistema económico capitalista, de manera que la insuficiencia del mercado es vista como un obstáculo a la acumulación que es conveniente sortear. Por ello, en las sociedades capitalistas se desarrollan innumerables fuerzas y acuerdos institucionales³ que actúan sobre el consumo mercantil (aunque no siempre tiene una función completamente negativa, ya que puede servir también para canalizar y moderar los conflictos) modificando su cuantía, composición y variedad con la intención de sortear eventuales límites a los que pudiera estar sometido el propio proceso de acumulación. Dicha variedad, como prácticas sociales con motivaciones diferenciadas, da lugar a consumos defensivos, posicionales, amnésicos, terapéuticos, etc. De ahí que resulte difícil evaluar los vínculos entre el consumo mercantil y el bienestar social cuando muchas de las prácticas adquisitivas en las llamadas sociedades de consumo están atravesadas de contradicciones, frustraciones y dan lugar a segmentaciones y desigualdades sociales que refuerzan las que surgen de la división social y sexual del trabajo.

Ahora bien, los procesos de consumo siempre han implicado —también en las sociedades capitalistas ampliamente mercantilizadas— la utilización de

3. Como, por ejemplo, la estructura de la negociación colectiva que influye en la determinación de los salarios; el sistema fiscal que afecta a la renta disponible y en los precios; las políticas de provisión pública de determinados bienes y servicios, etc.

bienes y servicios de distintas procedencias, que o bien se adquieren en el mercado o a través del sector público, o bien se producen en los hogares. Hay que resaltar que, en algunos servicios personales como los cuidados, la producción y el consumo se realizan simultáneamente, cuestión que condiciona enormemente la organización del tiempo de las personas que los realizan —mayoritariamente mujeres— cuando no se llevan a cabo bajo relaciones mercantiles. Además, si la noción de consumo sirve para designar la utilización de aquellos bienes y servicios que se obtienen de los procesos de transformación de los recursos naturales, habrá que tener siempre presente la posible destrucción o deterioro social y ecológico que pueden acompañar a esos procesos.

Finalmente, otra categoría necesitada de revisión crítica es la noción de trabajo. Desde hace tiempo, distintas elaboraciones han criticado que esta noción se identifique con el empleo y no incluya todos los tipos de actividad laboral, independientemente de las relaciones bajo las cuales se realiza (véanse, por ejemplo, las entradas “Trabajo”, “Ámbito doméstico y cuidados” y “Género y patriarcado”).

4. EL PROCESO ECONÓMICO COMO UN SISTEMA COMPLEJO Y ABIERTO

Desde un punto de vista general, todo sistema que intente representar la realidad se compone de elementos tanto propios como periféricos, con múltiples interconexiones entre todos ellos. Si el sistema es abierto (véase la entrada “Sistemas abiertos”), no solo resultan relevantes las conexiones internas, sino también las relaciones con el resto de los sistemas con los que interacciona. Conocer un sistema es conocer su estado (componentes + conexiones = estructura), sus leyes de comportamiento y su entorno. Si se conoce bien un sistema se es capaz de prever con cierto rigor su evolución, es decir, su trayectoria, asumiendo que hay azar y no escasean buenas dosis de incertidumbre genuina.

En este sentido, el objetivo de describir un *sistema económico* surge del convencimiento de que es posible delimitar un aspecto concreto de la totalidad social, y se asume que se está proponiendo una de las posibles representaciones del ámbito económico. Y precisamente, como se asume también que se trata de una parte dentro de un todo, la comprensión de su funcionamiento exige que, analíticamente, se desvelen no solo las conexiones internas, sino todas las interrelaciones con el resto de los sistemas. La ecosfera, por ejemplo, aparece aquí como un entorno sistémico básico, dado que constituye el fundamento mismo de la existencia humana y, por ende, de la vida social, encontrándose por ello en la base de cualquier tipo de actividad que desplieguen los humanos, incluida la económica. Solo teniendo en cuenta estas circunstancias se puede contar con